

APUNTES SOBRE EL PERRO PERUANO SIN PELO Y OTROS PERROS DEL PERÚ



Julia Zevallos Ortiz
Qhapaq Ñan - Sede Nacional
Proyecto Integral Cabeza de Vaca

Autora

11 de diciembre
de 2020

No uno, sino muchos perros

En el primer número de la revista *Wira Kocha*, editada por Julio C. Tello, se encuentra un artículo que describe y estudia una escena escultórica de arcilla de la costa peruana, desenterrada en un cementerio antiguo de la quebrada El Ingenio, en Ica. El objeto, que incluye una plataforma de base, parece representar parte de una celebración en la antigua sociedad Nasca, a través de figuras en miniatura de un grupo familiar que marcha con instrumentos musicales: padre, madre, hija, dos hijos menores, cinco perros y tres loros (Tello 1931: 87-112). Nos interesa particularmente la presencia de los canes como testimonio de su integración en el contexto familiar, y como muestra específica de por lo menos dos variedades de perros en el Perú antiguo.



Figura 1. Dibujo a partir de una pieza de alfarería Nasca
(Tello 1931: Lámina 1 frente a pág. 87. Dibujante: Alejandro Gonzales)
Sp. 3/6782. Museo de Arqueología Peruana.

Tello había observado en 1921 esta pieza en la colección Benavides y volvió a verla en 1924, cuando fue adquirida por el gobierno como parte de la colección Larco Herrera. En esta “escena de escenografía plástica”, como él la denomina, Tello subraya los colores vivos que observó en la pintura original y el hecho de que se tratara de una obra puramente representativa, sin fines utilitarios, al contrario de lo que resulta usual en otras piezas de cerámica escultórica prehispánica, como aquellas del arte muchik, que, en forma de relieve o bulto, cumplen la función de ornamentos o accesorios en diferentes vasijas (Tello 1931: 87-88).

El detalle de uno de los perros que presenta el artículo de Tello (figura 2), al que este denomina “perro blanco con manchas negras *muro-muro*”, que aparece con frecuencia en la cerámica del antiguo Perú y particularmente en la alfarería muchik, permite apreciar que se trata de una variedad cercana a la descripción del perro indígena de la sierra que Tschudi había denominado *Canis ingae* en 1844: “Cabeza pequeña, hocico fino y puntiagudo, labio superior no hendido, orejas erectas triangulares, pequeñas; cuerpo corto y fuerte, construido angulosamente; patas algo cortas; cola como dos tercios de la longitud del cuerpo, completamente peluda y enroscada hacia delante” (citado en Tello 1931: 102-103). El propio Tello advierte sin embargo un par de diferencias, pues el perro que describe Tschudi tiene el pelaje “áspero, largo y espeso, de color amarillo ocre y con sombras ondeadas y oscuras”. Si agregamos a estas características el tamaño de la cola, podemos considerar que el perro de esta escena en la costa y el *Canis ingae* o “perro de los incas” de Tschudi, podrían ser variedades emparentadas, pero no la misma.



Figura 2. Uno de los perros de la figura 1 (Tello, 1931: 100, Figura 1).



Figura 3. Perro manchado de los muchik entre dos deidades (dibujo: Von den Steinen a partir de cerámica escultórica. Tomado de Kutscher, 1954: 56C).



Figura 4. Botella escultórica de cerámica (Museo Larco ML008085).



Figura 5. Vasija de la cultura Muchik (Tello 1931: 104, Figura 15).

Es preciso resaltar el aporte de Alfred Nehring (1887 [1884]: 219-235), quien, al estudiar los restos óseos de mamíferos hallados en las excavaciones arqueológicas de Ancón realizadas por W. Reiss y A. Stübel, identificó tres variedades de perros prehispánicos: un perro pequeño de pelo corto, similar al Turnspit europeo, al que llamó *Canis Ingae vertagus*; otro pequeño y macizo, parecido al doguillo o bulldog, al que denominó *Canis Ingae molossoides*, y otra variedad de perro, de pelaje rojizo amarillento o amarillo ocre, que según el autor era semejante a un collie, y al que denominó *Canis ingae pecuarius*, es decir “perro ganadero de los incas”.

En este punto me permito agregar un dato de nuestra experiencia personal. En algunas zonas rurales de Piura y Cajamarca se usa hasta la actualidad el nombre de “ganacho” (perro ganadero) para algunos perros que pastorean rebaños de cabras y ovejas e incluso vacas. Aunque el apelativo se refiere a la función del perro y no a

sus características físicas, es usual que los “ganachos” pertenezcan a alguna de las variedades que hemos venido mencionando, ninguna de las cuales parece haberse extinguido. Es posible, por ejemplo, que una variedad de perro que hasta hoy se encuentra en la costa y sierra norte, con el pelo corto, pegado a la piel, de color entre castaño claro a gris verdoso y “atigrado” o “veteado” de manchas negras, descienda de aquel perro nativo que Nehring denomina *Canis ingae vertagus*, o de cruces entre esta variedad y el *Canis ingae molossoides*. Asimismo, es factible considerar que la variedad que Nehring denomina *Canis ingae pecuarius* corresponda a la que aparece como perro *Pastor Chiribaya*, en investigaciones recientes (Meier 2006; Richardson et al. 2012; Vásquez et al. 2009).



Figura 6. Momia de perro Pastor Chiribaya. Probablemente la misma variedad que Nehring denominó *Canis ingae pecuarius* (Atwood 2007; tomado de Wylde 2017).



Figuras 7 y 8. Perro de piel atigrada, en zonas rurales de Piura le llaman “ganacho”. Otra posible variedad de perro nativo (foto: Julia Zevallos).

Entre los perros nativos que sobreviven, el que ha tenido mayor difusión y reconocimiento es aquel desprovisto de pelaje, inicialmente llamado *Canis caraibicus*, quizás porque los primeros ejemplares que vieron los europeos se observaron entre el Caribe y en las costas de Colombia. Como sabemos, este perro se conoce como *viringo* en el norte peruano, y también recibe los apelativos de “perro calato”, “perro chino” o “Perro Sin Pelo del Perú” (PSPP).



Figura 9. Hembra de Perro Sin Pelo del Perú
(foto: A. Paspíšil).

Un poco de historia

Más allá de los detalles acerca de su origen, las diversas razas de perros (*Canis familiaris*) que hoy comparten espacios con los seres humanos pertenecen a la gran familia de los cánidos, que incluye a los chacales (*Canis aureus*), coyotes (*Canis latrans*), lobos (*Canis lupus*) y zorros (*Alopex lagopus*). La conocida frase que identifica al perro como el mejor amigo del hombre es un testimonio de los antiguos vínculos entre los perros y las sociedades humanas. A la pregunta sobre cómo y cuándo se originó esa antigua amistad, los investigadores han ofrecido diversas respuestas sin lograr consenso. De todos modos, es muy probable que, en los inicios de esta relación, los antiguos grupos de cazadores y los perros hayan coincidido en sus necesidades de ayuda y compañía para las duras jornadas en busca de presas de caza.

Se ha aceptado que la aparición de perros acompañando a los grupos humanos ocurrió miles de años antes de la aparición de la agricultura, y se habría producido por el acercamiento gradual de grupos de cánidos para aprovechar los huesos y restos de comida dejados por los cazadores. Otra posibilidad, sugerida por Lorenz (1978 [1949]), es el hurto o adopción de crías huérfanas de lobo en los grupos humanos. El comportamiento social de los lobos que viven, cazan y encuentran alimento

formando manadas habría favorecido que humanos y lobos se entendieran y que, posteriormente, consolidaran vínculos que irían reforzándose con el paso del tiempo en un largo proceso de adaptación, hasta convertir al lobo en perro; es decir, hasta domesticar la especie a partir de la condición favorable que esta relación significaba para ambos: por un lado la gran ventaja que el perro le daba al cazador, y para el perro, la posibilidad de obtener comida, abrigo y protección cerca o dentro del grupo humano (Lorenz 1978 [1949]).

Actualmente, diversas opiniones científicas postulan un complejo proceso de coevolución de humanos y cánidos que podría haberse originado con la aproximación progresiva de cánidos silvestres a los asentamientos temporales de cazadores recolectores en busca de alimento; estos acercamientos habrían dado lugar a una familiarización gradual con el grupo humano al que seguían y, más adelante, intencional o accidentalmente, los humanos se habrían interesado en procurarse la beneficiosa ayuda y compañía que se desprendía de esta mutua interacción. Se habría iniciado así la selección reproductiva de los cánidos más sociables y de aquellos que presentaran rasgos físicos y de conducta favorables. Con el transcurso del tiempo y a lo largo de varias generaciones, estas características provechosas se habrían acentuado y habrían sentado las bases para establecer claramente las diferencias de esos cánidos crecientemente domésticos, con sus congéneres silvestres (Berón *et al.* 2015).

Sobre la base del estudio de hallazgos fósiles realizados en Siberia, algunos investigadores han afirmado que el *Canis familiaris* sería descendiente del lobo (*Canis lupus*) y que el perro ya existía en esas regiones hace 33 000 años (Estremadoyro 2017; Valadez *et al.* 2004); otras opiniones le asignan una antigüedad mayor en muchos miles de años (Vilá *et al.* 1997). Un proceso de selección se habría realizado en diferentes lugares, a partir de ejemplares de cánidos locales, por parte de los grupos humanos de cazadores recolectores. Esta podría haber sido la circunstancia que originó las primeras razas de perro, de las cuales, debido a los desplazamientos humanos, habrían derivado todas las demás.

El estudio de las evidencias encontradas parece ubicar al antiquísimo origen de los perros hace unos 15 000 años en los territorios de Europa central, desde donde se habrían dispersado a Eurasia, el cercano Oriente, China y Siberia, para luego expandirse hacia Japón, África, el sudeste de Asia, Australia y probablemente por esa misma época se habría iniciado el camino que los conduciría hasta América (Berón *et al.* 2015).

Los orígenes del perro en América

En un ejercicio de imaginación, Valadez y sus colaboradoras llaman la atención acerca de un espectáculo que posiblemente ocurrió muchas veces hace unos 15 000 años: el traslado errante, en busca de alimento y refugio, de grupos humanos acompañados de perros por los valles fríos del este de Siberia. Algunos de estos grupos, ocasionalmente y en un periodo de miles de años, se habrían aventurado hacia zonas cada vez más distantes, descubriendo nuevas y mejores tierras, impulsando posteriores y más prolongados desplazamientos, en los que finalmente bandas de cazadores recolectores, grupos de humanos y perros en su lucha por la sobrevivencia, habrían

arribado sin saberlo a tierras americanas, donde no encontraron competencia, sino grandes extensiones despobladas con abundancia de alimento y amplias posibilidades de protección y abrigo. De este modo, junto a los primeros colonizadores, el perro habría llegado a América como un animal ya domesticado (Valadez *et al.* 2004).

Siguiendo a Valadez, el momento de inicio de la dispersión del perro desde Siberia oriental debió haber ocurrido hace 15 000 años. Este acontecimiento sería doblemente importante: por un lado, corresponde con el periodo del fenómeno de expansión de los grupos humanos y, además, coincide con un tiempo en el que el perro era un animal ya totalmente incorporado a la vida doméstica junto a los grupos de cazadores recolectores. Señala este autor que no se trataba de lobos domésticos, sino de perros con todos los atributos con que hoy los conocemos; es decir, a partir de esta época, se podría afirmar la existencia de perros totalmente adaptados a la vida de los humanos, diferenciados de sus antecesores los lobos e integrados a los grupos de cazadores recolectores, a quienes acompañaban permanentemente en sus frecuentes desplazamientos, creando las circunstancias que propiciaron la expansión del perro hacia Europa, el sur de Asia y América.

Asumiendo que humanos y perros provenientes del noreste asiático llegaron juntos a la costa noroeste de la actual Alaska, con ese acontecimiento se habría iniciado el poblamiento del continente americano y la generación del perfil genético de los perros del Nuevo Mundo. Las evidencias parecen indicar un prolongado periodo de aislamiento, durante el cual habrían ocurrido cambios significativos en los perros; estos últimos, al ir acentuándose a lo largo de sucesivas generaciones, posibilitaron el desarrollo de los rasgos específicos que iban a imprimir un distanciamiento de las características originales de sus antepasados asiáticos (Berón *et al.* 2015). Una vez instalados en el territorio americano, debieron transcurrir varios milenios para su asentamiento y distribución en Alaska, Canadá, la cuenca de Mississippi, los territorios de México, América Central y, desde estas latitudes, por todo el continente americano (*Ibid.* 2015). De acuerdo a estos planteamientos, la dispersión del perro en América habría ocurrido de norte a sur.

Para el territorio andino, Vásquez y colaboradores (2016), apoyándose en el trabajo de Schwartz (1997), señalan que el perro doméstico en los Andes tendría unos 8000 a 7000 años de antigüedad, ya que esa es la datación para los restos de perro doméstico (con pelo) reportada por Schwartz en Telarmachay, Junín (Vásquez *et al.* 2016: 86, 89).

Aunque hasta el momento no se tiene un fechado equivalente para el perro sin pelo, lo cierto es que existen evidencias suficientes para afirmar que, el perro doméstico es una figura muy antigua en las sociedades andinas. La persistencia de restos óseos, pinturas rupestres, dibujos y representaciones escultóricas en cerámica, así como crónicas y dibujos coloniales, evidencian esta presencia canina como acompañante de los antiguos pobladores andinos prehispánicos probablemente desde el inicio mismo de su trajinar por los territorios que actualmente se denominan Perú (Osorio y Gálvez 2017). Así pues, también en suelo sudamericano, humanos y perros han coexistido desde por lo menos hace 7000 años. Las diferentes representaciones muestran varios tipos de perros precolombinos, algunos de los cuales aún transitan entre nosotros, uno de ellos es el perro sin pelo.

El Perro sin Pelo del Perú

Actualmente a nivel mundial, la presencia de perros que carecen de pelaje se ha reconocido por lo menos en tres países: México, donde la variedad de perro sin pelo se denomina xoloitzcuintle, en China, donde su nombre se traduce como perro crestado, y en Perú, que lo ha registrado con el nombre de Perro Sin Pelo del Perú (PSPP).

En diversos contextos arqueológicos ubicados en diferentes lugares del continente americano, las evidencias encontradas y las representaciones prehispánicas informan de los beneficios que el perro ha brindado a los humanos desde tiempos muy antiguos, y en muy diferentes aspectos de la vida entre los que se incluyen: aspectos utilitarios vinculados a labores cotidianas de la caza, el pastoreo, la defensa ante la presencia de fieras salvaje o la simple compañía, así como en actividades rituales y cargadas de simbolismo, como las relacionadas al tratamiento de enfermedades y las vinculadas al momento de la muerte.

En cuanto al perro sin pelo, el uso que parece más difundido fue el de animal de compañía y como medio para tratar algunas enfermedades, probablemente, esta pudo haber sido una razón para que, a la llegada de los españoles, sea visto con desconfianza y se haya aplicado algunas medidas para que los pueblos que lo criaban y utilizaban, dejaran de hacerlo, conforme señalan algunos autores:

El Perro Sin Pelo del Perú (...) en épocas precolombinas, aparece como mascota de las élites, con muchos privilegios pues se le relacionaba con rituales sagrados; sin embargo, con la conquista y durante la colonia fue visto como un instrumento de brujería de indios... y perdió su condición privilegiada, ya que tales actividades fueron proscritas, perseguidas y prohibidas durante la colonia, también los perros fueron prohibidos, estas mismas autoras señalan que para el siglo XX la extinción del perro sin pelo era inminente (Osorio y Gálvez 2017: 58).

Estas investigadoras también sostienen que:

La fundación y ocupación española de las ciudades del nuevo virreinato del Perú, representó una etapa trágica para el viringo, en zonas urbanas empezaron a despreciarlo por su apariencia, pues la falta de cuidado en la piel expuesta al sol, hacía que se le formaran costras y lo consideraran sarnoso y enfermo. Acusado de estar vinculado a rituales idolátricos, de ser malignos y traer mala suerte, empezaron a exterminarlo sin piedad y a evitar su reproducción (Osorio y Gálvez 2017: 70).

Para las sociedades prehispánicas, uno de los usos más importantes derivados de la presencia del perro sin pelo podría haberse visto vinculado a las propiedades medicinales y curativas que se le atribuía para tratar diferentes enfermedades; la carencia de pelo permite un contacto directo con la piel del animal, por lo cual se lo percibe como un animal *caliente*, aspecto muy valorado hasta hoy en el mundo andino para el tratamiento de males considerados de naturaleza fría, como el reumatismo y diferentes enfermedades de los huesos; quizá esa haya sido una de las razones por las cuales, escondido en zonas rurales, en condiciones de

clandestinidad, el perro sin pelo pudo llegar hasta nuestros días, ya que durante la Colonia, todo lo que no se entendía o que parecía no tener valor, hacía que fuera prohibido, desechado y exterminado.

Durante la Colonia y hasta muy entrada la República, la condición de marginalidad que sufrió el perro sin pelo está muy bien resumida en las expresiones: postergado, marginado, habitante de las calles que merodeaba los mercados buscando alimento; un animal feo, callejero, cochino, al que nadie habría querido tener como mascota, porque incluso a mitad del siglo XX, los cánones de distinción y elegancia imponían la predilección por los perros de raíces europeas (Estremadoyro 2017).

En labores de trabajo de campo realizadas en 1997-1998 hemos recogido testimonios de pobladores de la campiña de Moche, al sur de Trujillo en la región La Libertad, quienes informan que, a mediados del siglo XX, el perro *viringo* era muy escaso en Moche ya que, tal como las personas señalan, “solo algunas familias conservaban estos perritos porque son muy juguetones y curan el reumatismo”. Es posible que una situación similar hubiera ocurrido en otros lugares de la costa norperuana, que parece haber sido el territorio donde el perro sin pelo alcanzó mayor difusión prehispánica.

A continuación, mencionamos otro dato reciente: durante el desarrollo de los talleres para docentes organizados por el Proyecto Integral Cabeza de Vaca en Tumbes, realizados utilizando medios virtuales¹, los profesores participantes nos han informado que incluso en la actualidad, el perro *viringo* continúa siendo un importante recurso de la medicina casera y tradicional tumbesina, señalando que además de aliviar los dolores de huesos y el reumatismo, al colocarse el perro en el pecho de la persona afectada puede curarse el asma. Señalan, asimismo, que el *viringo* también es utilizado para curar el *mal de ojo*² en los niños y el *chucaque* en los adultos.

En el Perú, el habla popular designa a los perros que no tienen pelaje con el apelativo de perro *calato* (*calato* aplicado a los humanos significa sin ropa, también sin dinero). En el norte del país, en la costa de las regiones Tumbes, Piura, Lambayeque y La Libertad, donde parece que estos perros tuvieron su mayor arraigo, hasta la actualidad se les llama *viringo*, nombre que parece ser de origen muchik o tallán (Osorio y Gálvez 2017: 58). Como un dato curioso adicional, señalamos que Campana, investigador liberteño, escribía *biringo* (Campana 2015).

Nuestro perro sin pelo ha tenido que recorrer un largo camino y experimentar un extenso periodo de oprobio, menosprecio, desvalor y estigma, que lo llevó hasta un estado de casi extinción, antes de alcanzar el estatus que ahora tiene.

¹ El presente artículo se terminó de redactar durante el periodo de cuarentena sanitaria ocasionada por el COVID -19. Debido a esta situación, en este tiempo se realizaron actividades virtuales con diversos actores como los docentes.

² El *mal de ojo* y el *chucaque* son molestias que alteran la salud, se originan por una situación de susto o de vergüenza extrema y se ubican dentro de las enfermedades denominadas síndrome cultural; son atendidas por curanderos que ejercen la medicina tradicional andina, las personas que sufren estos males expresan que la medicina convencional no conoce cómo curarlos.



Figura 10. Domingo Mayta es el nombre de este ejemplar macho de Perro Sin Pelo del Perú (foto: Janka Kavanka Farníkova).

La recuperación y prestigio que actualmente goza el viringo o perro calato se debe a la iniciativa de varias personas e instituciones que sumaron esfuerzos para lograr ese propósito. Un impulso inicial se tuvo en la decisión de figuras de importancia nacional como el doctor Pedro Weiss, fundador de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y autor de la investigación *El perro peruano sin pelo* (1976).

Otros protagonistas cuyos nombres es necesario mencionar son el médico y museólogo Arturo Jiménez Borja, quien dio inicio a la restauración del Santuario de Pachacamac, realizó trabajos en el sitio arqueológico de Puruchuco y, además, se impuso la tarea de acoger y cuidar a los perros sin pelo, iniciativa que contribuyó significativamente para la recuperación del perro peruano. Por su parte, Hermanno Maniero, cinólogo criador de diversas razas de perros, dedicó sus esfuerzos para lograr que nuestro emblemático perro obtuviera su registro en la Federación Cinológica Internacional FCI, hecho que se concretó el 12 de junio de 1985, adoptando el nombre de Perro Sin Pelo del Perú PSPP, con el que oficialmente se le conoce en la actualidad.

En enero del 2001 el Instituto Nacional de Cultura estableció una medida de protección, mediante la Resolución Directoral N°001-INC, dispuso que el perro peruano fuera incluido en los museos de sitio y zonas arqueológicas del Sistema Nacional de Museos y Zonas Arqueológicas de la costa peruana que presentaran condiciones para asegurar la crianza, cuidado y desarrollo normal de este inteligente y hermoso compañero.

Nuestro viringo o perro calato obtuvo un reconocimiento adicional el 22 de octubre del 2001, fecha en la que el Congreso Nacional de la Republica, mediante el Decreto Ley N° 27537, lo declaró Patrimonio Cultural de la Nación y lo reconoció como raza originaria del Perú.

El amparo legal emanado de las disposiciones y reconocimientos mencionados dio lugar a la creación del Comité Nacional de Protección del Perro Sin Pelo del Perú, que, entre otras funciones, se encarga de regular y tramitar los expedientes para la exportación de ejemplares de PSPP y realizar diversas actividades para su promoción, difusión y protección.

Asimismo, la asociación Amigos de los Perros Sin Pelo del Perú expresa su afecto por estos animales, dedicando su esfuerzo al rescate de ejemplares que se encuentran en estado de abandono, recuperándolos y ofreciéndolos en adopción; a la par que brindando información acerca de los cuidados que requiere la crianza de esta raza canina.

En los museos nacionales se exhiben valiosas obras que son testimonio de la capacidad creativa y del ingenio de los antiguos y actuales pueblos que transitaron o que habitan el territorio peruano. Actualmente, junto a estas colecciones y en diferentes museos, los perros sin pelo del Perú son piezas vivas que con su porte atlético elegante y juguetón corren libres derrochando su afecto y cálida compañía y mostrando, acaso sin que ellos se hayan percatado, su nueva condición de Patrimonio Cultural de la Nación.

Como muestra de lo que acabamos de mencionar, hacemos notar que en el Museo de Sitio Narihualá, en Piura, encontramos a Nam y Tallán, madre e hijo, viringos de pura raza. En el Museo de Sitio de Túcume, en Lambayeque, viven Celeste y Ñamla, padres de Ceterni, Túcume y Cium. Mientras que el Museo de Sitio Cabeza de Vaca, en Tumbes, es el hogar de Killa y Chimoc; a estos amigos caninos, en el mes de marzo de 2020 se sumó la traviesa presencia de Chaska, hermoso ejemplar hembra que a mes y medio de su nacimiento llegó como una donación a este museo norteño.



Figura 11. Nam, ejemplar hembra de PSPP (Archivo Fotográfico Museo Narihualá – Piura).



Figuras 12 y 13. Celeste y Ñamla, orgullosos padres de Ceterni, Túcume y Cium (Archivo Fotográfico del Museo de Sitio Túcume – Lambayeque).



Figura 14. Killa y Chimoc, hembra y macho de Perro Sin Pelo del Perú. (Archivo Fotográfico del Museo de Sitio Cabeza de Vaca – Tumbes).



Figura 15. Killa ejemplar adulta de Perro Sin Pelo del Perú. (Archivo Fotográfico del Museo de Sitio Cabeza de Vaca – Tumbes).

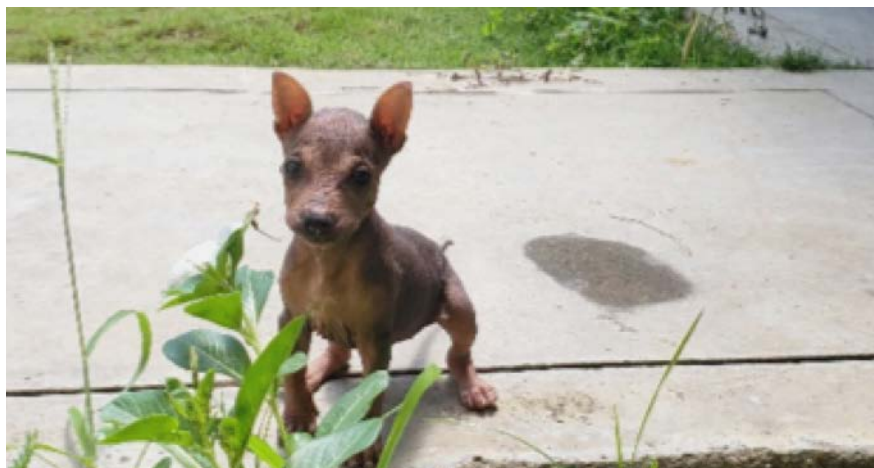


Figura 16. Chaska, cachorrilla de Perro Sin Pelo del Perú.
(Archivo Fotográfico del Museo de Sitio Cabeza de Vaca – Tumbes).

Reflexiones finales

Tanto quienes observan la distancia que separa a las criaturas humanas y no humanas desde una mirada evolucionista —donde los seres humanos serían la vanguardia de un proceso de maduración gradual—, como aquellos que contemplan ese intervalo entre los seres como lo hacen los relatos míticos de la creación, comparten una línea narrativa similar: en ambos casos se afirma la primogenitura o precedencia de las plantas y animales. Ellos son nuestros mayores y han estado aquí desde antes que nosotros.

En la gran nave del planeta, la existencia de vínculos de amistad, colaboración y respeto entre especies es una muestra de salud y equilibrio, una señal de que todos los navegantes encuentran un rol adecuado a sus capacidades y reconocen el valor de las otras criaturas en la travesía compartida. La amistad milenaria entre perros y seres humanos viene a ser una síntesis de esa relación que involucra a todas las sociedades humanas con el conjunto de la naturaleza, un símbolo que nos permite recordar esa antigua alianza.

La ruptura de esos vínculos acarrea grandes desastres; la destrucción del hogar de una familia de animales o de muchas especies, ya sea mediante la tala innecesaria de un árbol o de todo un bosque; la extracción de recursos o la matanza más allá de las necesidades reales y solo con fines de ganancia desigual o incluso de vanidad; la depredación, la acumulación de desechos más allá de las capacidades de regeneración; la creación de atmosferas irrespirables y de temperaturas que asfixian la vida son síntomas de que la conducción del planeta ha extraviado el rumbo y ha dejado de entender a las montañas y los bosques, ha dejado de dialogar con las plantas y los animales, viejos compañeros de viaje.

En una época en la que todos los signos exteriores de la naturaleza, todas las fiebres y malhumores del planeta parecen hablar fuerte para hacerse oír y para atraer atención y respeto, en los tiempos actuales de crisis y agonía, esa vieja amistad entablada hace milenios, que ha convertido al perro en el mejor amigo del hombre, ofrece cuadros vivos y cotidianos de la interconexión y mutua colaboración que hacen viable la vida en la tierra y en el universo, al generar compañía y protección mutua.

Aquel piadoso impulso del Santo de Asís, traducido en invocaciones fraternales para todos los seres de la naturaleza: Hermano Sol, Hermana Luna, Hermana Agua, Hermano Lobo es tal vez el mismo impulso que en nuestras antiguas sociedades se convirtió en ritual de ofrendas al sol y la tierra, al agua y al viento, que hizo que a la tierra se la llamara cariñosamente Mamapacha y al sol Taytainti, es quizá también el mismo impulso que llevó a enterrar delicadamente el cuerpo de los perros, como viejos amigos, cubiertos con mantas y provistos de comida simbólica para el gran viaje de retorno.

Referencias bibliográficas

ALLEN GLOVER, M.

1920 "Dogs of the American Aborigines", *Bulletin of the Museum of Comparative Zoology* [Cambridge], 63(9), pp. 431-517.

BERÓN, MÓNICA

(s/f.) *Vínculo ritual entre el perro doméstico y el hombre en sociedades de cazadores-recolectores de la Pampa occidental*. Buenos Aires: Consejo de Nacional de Investigaciones Científicas Argentinas (CONICET) - Museo Etnográfico, Universidad de Buenos Aires (UBA) - Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA).

BERÓN, MÓNICA; LUCIANO PRATES Y FRANCISCO PREVOSTI

2015 *Una historia de perros. Mitos y certezas sobre su origen y dispersión en América*. Buenos Aires: Consejo de Nacional de Investigaciones Científicas Argentinas (CONICET) - Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA).

CAMPANA, CRISTÓBAL

2015 *Iconografía del Pensamiento Andino*. Trujillo: Fondo editorial de la Universidad Privada Antenor Orrego (UPAO).

ESTREMADOYRO, ELSA

2017 *Perro Sin Pelo del Perú. Can Nuestro*. Lima: Ministerio de Cultura del Perú.

KUTSCHER, GERDT

1954 *Cerámica del Perú septentrional. Figuras ornamentales en vasijas de los chimúes antiguos*. Berlín: Gebr Mann

LORENZ, KONRAD

1978 *Cuando el hombre encontró al perro*. Barcelona: Círculo de Lectores, S.A.

MEIER, MARTHA

2006 "El perro pastor Chiribaya: una nueva raza por descubrir", en Martha Meier (editora), *El perro pastor Chiribaya*. Lima: Barrantes & Asociados.

NEHRING, ALFRED

1880-87 “Mammals”, en W. Reiss y Alphons Stübel (editores), *The Necropolis of Ancón in Perú*, Volumen 3, Sección 15. Berlín: A. Asher & Co.

OSORIO, JESSICA Y CLAUDIA GÁLVEZ

2015 “El viringo, el perro sin pelo del Perú. Patrimonio Nacional Peruano”, *Revista de Arquitectura* [Lima], 2(1), pp. 57-82.

RICHARDSON, DENNIS J.; SONIA GUILLÉN; RONALD BECKETT; WESLEY KYLEM; GERALD CONLOQUE Y KATHERINE HARPER-BECKETT

2012 “Archaeohelminthology of the Chiribaya Shepherd, *Canis familiaris* (700-1476 a.d.) from Southern Peru”, *Comparative Parasitology* [Huntsville]. 79(1), pp. 133-137.

TELLO, JULIO C.

1931 “Un modelo de escenografía plástica en el arte antiguo peruano”, *Wira Kocha* [Lima], 1(1), pp. 87-112.

VALADEZ, RAÚL Y VELIA MENDOZA

2005 El perro como legado cultural. Universidad Autónoma de México [en línea]. Disponible en: http://www.arqueobolivia.org/wp-content/uploads/2017/10/21_41-1125002180.pdf [22 de octubre de 2020].

VALADEZ, RAÚL; VELIA MENDOZA Y ALICIA BLANCO

2004 *Reconstruyendo los primeros pasos del perro en el continente americano*. AMMVEPE [México, D. F.], 15(6), pp. 207-217

VÁSQUEZ, VÍCTOR; TERESA ROSALES Y GABRIEL DORADO

2009 “Morphotypes and breeds of dogs (*Canis lupus familiaris* L.) from the Moche period”, *Arqueobios* [Trujillo], 3, pp 20-33.

2016 “El Origen del Perro (*Canis lupus familiaris*) Sin Pelo Peruano (PSPP): pruebas arqueológicas, zooarqueológicas y genéticas- Revisión”, *Arqueobios* [Trujillo], 10(1), pp. 80-102.

WYLDE, MICHAEL

2017 *The Inca dogs and their ancestors*. Tesis de Doctorado. University of Florida (inédito).